

movimiento, abrió los ojos, reconoció a los que la rodeaban, y recobrando con la vida el sufrimiento, rompió á llorar.

La señora de Vignes y su hijo cambiaron una mirada. Santiago bajó la cabeza, y la madre, adivinando entonces el casto secreto del amor virginal de Julieta, arrojó un doloroso suspiro y se puso á llorar con ella.

Davidoff tomó á Santiago por el brazo y le arrastró hacia fuera. Sobre la terraza el aire era dulce, el sol calentaba las plantas que con sus perfumes envolvían el ambiente el viento ligero alegraba el corazón, el mar se cubría de un azul turquí, las golondrinas rasaban las olas con gritos joviales. Pareció al doctor que su enfermo no era el mismo. Lo veía marchar con paso firme, sin vacilar, su cuerpo se erguía, sus ojos, momentos antes hundidos y apagados, brillaban ahora con viveza. Aunque sin hablar, se comprendía por sus ademanes que una repentina exaltación hervía en él. Davidoff, con violenta ironía, le contempló metamorfoseado ya por la esperanza.

Entonces, pensando en la desaparición de Pedro Laurier y en el llanto de Julieta, el ruso no pudo contener una silenciosa y sardónica sonrisa. Pensó que para devolver la vida á aquel hombre egoísta era mucho el sacrificio de dos seres. Y mentalmente, sobre

la hermosa terraza, bajo un cielo delicioso, creyó ver una pareja enamorada, joven, feliz pasando enlazada entre el embriagador perfume de los naranjos en flor. Pero los amantes rebeldes huyeron repentinamente, y Davidoff no vió más que á Santiago que marchaba cerca de él, triunfante, reanimado ya por la sangre de Pedro y las lágrimas de Julieta.

III.

Mientras iba nadando vigorosamente hacia el hombre que se ahogaba, Pedro, merced á la claridad de la luna, libre en aquel momento de las nubes que la ocultaban, fué visto por los aduaneros escondidos en el acantilado. Dos detonaciones, un agudo silbido que sintió cerca de sí y la espuma que saltó por efecto de una bala, le anunciaron que era tomado por contrabandista. Aprovechando el momento en que una ola le levantó, miró rápidamente en derredor suyo. Á diez metros de distancia, en un remanso, vió un bulto negro que se movía, y á doscientos ó poco más, la canoa empujada por el esfuerzo de sus remeros dirigiéndose hacia la balandra que bordeaba en la plenamar. Algunas vigorosas brazadas lle-

varon á Pedro al lado del infeliz que, cegado se revolvía en medio de las olas, inconsciente de los esfuerzos que hacía. Le cogió con fuerza, le sacó la cabeza fuera del agua para que respirase, y con voz potente lanzó un grito que repercutido por las olas, llegó hasta la barca. Al oírlo el marinero que estaba en el timón, se levantó mirando con atención la superficie plateada del mar y descubriendo aquel grupo que se movía, respondió al grito que acababa de oír, con un agudo silbido. En seguida los remos quedaron inmóviles, la chalupa se paró y la balandra, como obedeciendo á algunas órdenes recibidas de antemano, puso la prora hacia tierra.

Á pesar de reunir todas sus fuerzas, Pedro avanzaba con mucha lentitud á causa del peso del desdichado á quien sostenía. Sus vestidos pegados al cuerpo, entorpecían su movimiento, y la respiración empezaba á faltarle. Las olas pasaban por encima de su cabeza y no hendía ya el agua, alerta y ligero, con sus brazos dispuestos á latigo. Le parecía que una fuerza irresistible le arrastraba hasta el fondo del mar y que misteriosos lazos agarrotaban sus pesados miembros. Zumbidos atroces molestaban sus oídos y apenas se distinguía el cielo.

¡Qué angustiosos momentos!

—Nunca tendré—pensó— la energía necesaria para llegar hasta la barca y voy á perecer con este desgraciado.—Y en verdad que experimentó un momento de loca desesperación por no poder salvar al que sin conocerle estrechaba con fuerza como á un hermano acendradamente querido. No pensaba en sí mismo, pues había hecho el sacrificio de su vida y sentía cierta satisfacción en darla, no inútilmente, como era propósito, por un absurdo y cobarde suicidio, sino luchando para arrancar á un hombre de las garras de la muerte.

El afán de triunfar le devolvió el vigor; haciendo un poderoso esfuerzo levantó con más brío su inerte fardo y apareció otra vez en la cresta de una ola. Apenas veinte metros de distancia le separaban de la barca. Un grito ahogado se escapó de sus labios apretados por la contracción de sus músculos. Batió el agua con los brazos, mientras que sus piernas, paralizadas, quedaban sin movimiento. Otra nueva ola le hizo girar sobre sí mismo, el agua amarga invadió su garganta, ahogando una última llamada y se hundió en las revueltas aguas, teniendo en su mente muy clara la idea de que si soltase á su compañero, viéndose libre de aquel peso, se salvaría él.

Pero rechazó consejo tan egoísta dictado por la cobardía humana, y pensó: si pudiera asegurar su salvación aún á trueque de morir yo ciertamente que lo haría, Vaya intentemos el último esfuerzo para que no muera conmigo. Subió con gran trabajo á la superficie, respiró con ansia y vió el estrellado firmamento; de repente se sintió aliviado del peso de su carga oyendo voces que gritaban en italiano: «¡Le tengo cogido! ¡Alzalo!»

En aquel mismo momento una masa oscura que le pareció enorme, se levantó por encima de las olas y cayó pesadamente sobre él. Sintió agudo dolor en la frente, sus ojos percibieron millares de luces, notó que su cuerpo adquiriría sin igual ligereza y perdió al fin el conocimiento.

Cuando volvió en sí, estaba tendido sobre un montón de velas en la popa de un pequeño buque que andaba muy ligero, alumbrada la mar por clarísima luna. El foque apretado se movía á impulsos del viento muy cerca de su cabeza. El mar mugía con el empuje de la roda y tres hombres de curtido rostro se inclinaban hacia él acechando su primer movimiento.

Pedro se esforzó para incorporarse; pero dos vigorosos brazos le mantuvieron quieto, y uno de aquellos hombres destapando un

frasco guarnecido de mimbres, le ofreció de beber. El jóven tragó un sorbo de aguardiente fuertísimo, que acabó de devolverle el conocimiento y la percepción de las cosas exteriores. Cierta sensación de agudo escozor en la frente, le recordó la causa de su desvanecimiento; se llevó la mano á la cara y la retiró ensangrentada. Al mismo tiempo se sintió helado por el aire de la noche, más vivo todavía á consecuencia de la marcha rápida del buque, y notando que estaba calado hasta los huesos, dijo con voz aún ahogada á los que le rodeaban:

—Amigos míos, si os interesáis por mí, como me lo prueban vuestros cuidados, dadme un traje seco, pues me estoy muriendo de frío.

—¡Toma! este camarada es paisano mío— dijo uno de los tres marineros, con marcadísimo acento provenzal.—Siendo así, permítidme que sea yo el que ponga mi guardarropa á vuestra disposición...

Y desapareció por la escotilla, volviendo á subir un minuto después con un pantalón, unas alpargatas, una camisa de lana y un fuerte capote, dejándolo todo al lado de Pedro con aire muy satisfecho, diciendo:

— Agostino se salvará... empieza á respi-

El alma de Pedro.

UNIVERSIDAD DE GUAYMAS
BIBLIOTECA DE GUAYMAS
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MICHG

rar... ¡Ah! es que si bien no ha recibido como usted la proa de la canoa en la cabeza' en cambio ha tragado mucho caldo.

Pedro, al oír estas palabras, recordó la oscura masa que había visto levantarse por encima de las olas momentos antes de perder el conocimiento, y comprendió entonces que era la barca la que, alzada por el movimiento del mar, había caído sobre él con todo su peso. Mientras que así reflexionaba, sus compañeros le desnudaban y le volvían á vestir con presteza, hallándose al fin sentado en un rollo de cuerdas, muy aturcido todavía pero experimentando un gran bienestar, efecto del traje de suave lana que calentaba sus miembros doloridos.

—¿Quién es Agostino?—preguntó volviéndose hacia los tres hombres que le miraban con aire satisfecho.

—Es—repuso el provenzal—el camarada que usted ha salvado á pesar de los tiros de los aduaneros...

—¿Y vosotros, quiénes sois?—dijo Pedro con cierto aire de autoridad.

Los marineros se miraron indecisos, y uno de ellos dijo en mal italiano y con voz gutural:

—No tenemos por qué desconfiar de él. ¿Qué puede hacer contra nosotros?

—Nada—replicó Pedro tranquilamente.—Además, aún cuando pudiera hacerlos daño, no estoy ciertamente dispuesto á ello...

—¡Ah, usted ha comprendido!—exclamó riendo el provenzal.

—Poco más ó menos, sí. Pero me parece que el lenguaje que hablan tus compañeros es una especie de *patuà*.

—Sí, es el dialecto sardo... Somos pobres marineros que procuramos entrar, burlando la vigilancia de los aduaneros, las mercancías que nos confían los comerciantes de Liorna y de Génova.

—¿Sois, pues, contrabandistas?

—¡Así es como nos llaman!... Estábamos desembarcando norcaderías, aguardiente y cigarrillos, cuando hemos sido descubiertos en medio de nuestra faena por esos perros aduaneros. Las mercancías han entrado todas menos dos bultos de Virginia que se han ido á pique, y serán fumados por los salmonetes y otros peces... Mas ¿cómo se encontró usted allí tan á punto para salvar al pobre Agostino?

Le tocó la vez á Pedro de no saber qué responder. Juzgó inútil confiar á sus huéspedes de un día el mortal proyecto que le había traído á las orillas del mar, con tal oportunidad para salvar la vida á un hombre en vez de suicidarse él. La lentitud que demostró en

contestar a la pregunta del provenzal, hizo comprender á los marineros que debía tener motivos para no dar explicaciones de su conducta, y no se admiraron de su silencio, siendo además ellos muy propensos á la discreción.

Los asuntos de usted á nadie importan—dijo el provenzal en el momento en que Pedro se preparaba á contarles una fábula—y nada tenemos que ver con ellos. En vez de darle á usted conversación, como lo estamos haciendo, más vale que cuidemos la herida que tiene en la frente. Ha sangrado mucho y esto es bueno tratándose de la cabeza. Ahora le pondremos á usted un vendaje, y dentro de dos días no quedarán vestigios de tal herida. ¿Quiere usted bajar al camarote con los compañeros?

—Si no os ofendéis por ello, preferiría quedarme aquí... No estoy acostumbrado al mar, y el aire me aprovechará...

—Como usted guste.

Algunos minutos más tarde, Pedro con la cabeza ceñida por una venda, estaba apoyado en la borda de la balandra mirando las olas que se rompían en sus flancos. Ni una vela se veía y á lo lejos se divisaba entre la bruma una luz giratoria que lucía por intervalos. La fresca brisa llenaba el pecho del joven haciéndole experimentar deliciosa sensación. En-

tre aquellos hombres desconocidos se sintió aliviado de enorme peso, le pareció que no era el mismo y que el Pedro Laurier, insensato y enfermo, yacía ahora en el fondo del mar, mecido, pálido é inerte, por el movimiento de las aguas. Dejó escapar un profundo suspiro que vibró en el silencio de la noche, y murmuró á media voz:

—¡Es verdad, he muerto!

—¿Necesita usted alguna cosa?—le preguntó el provenzal que velaba á dos pasos de él.

—¡Á fe mía, camarada! puesto que hacéis el contrabando de cigarros, alguna provisión tendréis de ellos á bordo, y confieso que fumaría con gusto...

—Nada más fácil...

Se inclinó encima de la escotilla, pronunció algunas palabras, y poco después presentó á Pedro un paquete de puros atado con cinta amarilla.

—El patrón es quien se los envía, y me ha encargado le diga además que Agostino recuperó por completo el conocimiento... ¡Pobre muchacho! Si se hubiera quedado en el fondo del mar, cuántas lágrimas habrían derramado en Torrevecchia...

—¿En dónde se halla ese pueblo?

El provenzal extendió el brazo hacia el horizonte:

—Allá—dijo—en Córcega...

Sacó lumbre del pedernal con el eslabón, y presentando al joven la yesca encendida;

—Aquí tiene usted fuego—le dijo.

Pedro escogió un cigarro largo y seco, lo encendió con cuidado, y con sin igual placer despidiendo grandes bocanadas de humo, preguntó:

—¿Adónde se dirige ahora el barco?

El provenzal movió la cabeza, replicando:

—El patrón es el único que lo sabe... Tenemos puesta la proa hacia la isla de Elba... ¿Pero vamos á Porto Ferraio ó á otra parte? No lo sabremos hasta echar el ancla. ¡Adiós, á descansar!

Pedro sonrió, aprobó con una seña y se dirigió hacia el montón de velas en que se encontró tendido cuando recuperó el conocimiento. Se acostó bien liado en el capote de lana, cubrió su cabeza con la capucha, la apoyó en un paquete de cuerdas que le sirvió de almohada, y con la vista fija en el resplandeciente firmamento, fumando con lentitud, con el espíritu tranquilo y el corazón libre por primera vez desde hacía mucho tiempo, dejó vagar su imaginación y se durmió profundamente algunos momentos después.

Cuando de nuevo abrió los ojos, el sol le hería con sus oblicuos rayos, No se daba

cuenta del sitio en que se hallaba. Las velas y los aparejos ofrecían á su vista un espectáculo á que no estaba habituado al despertar por la mañana. Se le presentó bruscamente á la imaginación el recuerdo de los acontecimientos que habían ocurrido en las pocas horas de la pasada noche. Su corazón se conmovió al pensar que su existencia se hallaba completamente desviada de su anterior senda pues ninguna de las cosas que acostumbraba á hacer, le era permitido ya. Entre lo pasado y lo presente se había abierto un abismo más ancho y profundo que la azulada mar que separaba el buque de la costa. Y en el fondo yacía un cadáver, el de un pintor loco, llamado Pedro Laurier, destrozado por mortal caída.

¡Mortal, sí! el joven repitió esta palabra para que ninguna duda quedara en su oscurecido espíritu. Había dicho y hasta escrito que iba á matarse; en el colmo de la desesperación había gritado lleno de odio á sus amigos y á su querida: «Abandono la vida que no supisteis hacerme amar.» Á la sazón se hallarían estupefactos y tristes. No podía presentarse nuevamente delante de ellos sin arrastrar el ridículo, y puesto que la casualidad le favorecía con una situación imprevista é ignoraban sus compañeros quién era él, no tenía más que dejarse guiar por ella hacia lo desconocido.

Además, ¿no necesitaba su espíritu silencio reposo y tranquilidad? ¡Oh, salir del infierno de una pasión letal, borrascosa é impura para encontrarse de repente en medio del paraíso de una existencia material y primitiva! ¡Pasar de la envenenada atmósfera del salón de una perdida y del viciado calor de una sala de juego, al sano ambiente de un barco hundiendo el aire puro y las azuladas aguas! Sus pulmones aspiraban con delicia la fresca brisa, le ¡areció que su pecho se ensanchaba y un agradable estremecimiento recorrió todo su ser.

Se levantó y al ver á la tripulación reunida en el puente, se dirigió con tranquilo paso hacia sus nuevos amigos.

El provenzal le salió al encuentro:

—¿Ha dormido usted bien?

—Mejor que nunca.

—¡Ah!... el mar es una buena mecedora....

—¿En dónde estamos?—preguntó Pedro.

—Cerca de Liorna... Esa línea de blancas costas que ve usted á la izquierda, es Viareggio... Pero, he aquí al patrón con Agostino que quiere dar á usted las gracias.

Pedro apenas tuvo tiempo de volverse, pues un hombrecito moreno, de tez bronceada, iluminada por grandes ojos y franca sonrisa se precipitó sobre él y le estrechó entre sus brazos.

—¡Usted es quien me ha salvado la vida!—

exclamó con acento italiano—¿puede usted contar conmigo á su vez; mi existencia le pertenece!...

—¡Está bien, camarada!—dijo el pintor desprendiéndose suavemente de los brazos que le aprisionaban.

Miró después á Agostino y viendo que era un muchacho que apenas contaba veinte años, le puso la mano en el hombro y le dijo:

—Eres, en verdad, demasiado, joven para morir... Mas tus compañeros son los que te han salvado, pues á pesar de mis esfuerzos, nos ahogábamos los dos...

—Esto es precisamente lo que me encariña con usted—replicó calurosamente Agostino...—Usted se hundía y sin embargo no me soltaba... ¡Oh! es preciso que venga usted conmigo á mi pueblo, porque deseo que mi madre y mi hermana le den las gracias... ¿Cómo se llama usted?

—Pedro...

El marino á su vez miró á su salvador.

—Usted no es pescador, ni obrero... sino un señor...

—Te equivocas; soy artista... pintor...

—¡Oh! en ese caso será usted un pintor de lo fino... Retratará tal vez á los señores ó señoras que miran el campo á través de las celosías de las casas... y quién sabe si también

las madonas que se hallan en las encrucijadas....

—Lo has adivinado—replicó Pedro—y si encuentro trabajo en tu país, me quedaré algún tiempo en él...

—Los corsos no son ricos--dijo el patrón; —pero si quiere usted restaurar el San Lorenzo que se halla en la popa...

—Lo haré en cuanto lleguemos al puerto... Eso será el precio de mi pasaje, si no os parece poco...

—Somos sus deudores—interrumpió el contrabandista...—Lo que usted haga para enganar el barco lo aceptaremos como prueba de buena amistad; pero nuestra deuda de gratitud quedará siempre la misma...

—¡Estamos conformes!—exclamó Pedro con alegría.—Y ¿puede saberse adónde vamos marchando de este modo?

—À Bastia.

—Lo mismo me da—dijo el pintor. No tengo preferencia por este sitio ni por otro, y con tal de que no arribemos al continente...

—¿Necesita usted acaso tomar el aire lejos de Francia?—preguntó el patrón con maliciosa sonrisa.

—¡Oh; sí, ciertamente.

—¿Ha dado usted algún mal golpe?

—Bastante malo... Un asunto amoroso.

El contrabandista hizo un desdeñoso gesto y Pedro comprendió que lo dicho le había rebajado en la opinión que de él formara el burlador de los aduaneros; más á pesar de esto, se sintió bastante á gusto entre sus compañeros de viaje y pensó: héme aquí como Salvator Rosa en medio de los bandidos. Pero ¿es acaso peor el trato de los hombres que el de aquellos á quienes estrechabo diaramente la mano? Nada ha cambiado como no sea el tono y el traje, pareciéndome estos más generosos y agradecidos que mis amigos de ayer. El corazón en unos hombres es más recto y más sencillo que en otros, y estos, que casi todos han merecido estar encerrados en la cárcel ó tal vez en presidio, se hallan menos gangrenados y putrefactos que los que formaban mi acostumbrada sociedad.

Esta filosofía amarga le fortificó asta el punto de mirar con tranquilidad y casi con goce, su nueva situación. No pensó en morir, pues ningún motivo tenia ya para aborrecer la vida; antes por el contrario, le ofrecía sensaciones inesperadas que herian con fuerza su imaginación asaz fogosa. De carácter móvil é impresionable, tan pronto se entusiasmaba como caía en desaliento, y con la misma facilidad se presentaban en su mente seductores pensamientos, que borraban estos para recor-

dar antiguas preocupaciones. No era formado para mantenerse en un buen medio racional y por lo tanto á bordo de la balandra experimentaba, puede decirse, no cortedad ni pena, sino contento y tranquilidad. Le parecía que acababa de evadirse de una prisión, después de estar recluso en ella durante muchos meses, y se creía independiente y libre. Sus ojos, refrescados y cual si fuesen de más perspicaz mirada, notaban mil detalles que habían escapado la vispera á su vista. El tinte verdusco de las olas, ribeteadas de argentina espuma, le seducía, y estudiaba las gradaciones de los mantices del cielo, de un azul intenso en el cenit y gris oscuro en el horizonte. Los ligeros mástiles del buque, los aparejos y las velas, destacándose en el azulado espacio, la silueta de un marinero sentado en la borda apretando una moroma; todo esto le ofrecía un cuadro vivo que llamaba poderosamente su atención y le procuraba delicioso goce.

Apenas se había desprendido de los lazos que la detenían al lado de aquella malvada mujer, cuando recuperó de pronto su afición al arte y con prodigiosa facilidad olvidó á la que le tenía tan maltrecho y fuera de sí. Su insano amor había desaparecido completamente de su corazón á consecuencia de esta violenta sacudida moral, aconteciéndole lo que

a la fruta podrida, que cae de la rama después de noche tempestuosa.

Pedro encendió uno de los cigarros que el provenzal le había dado la vispera, y apoyado en la borda, dejó vagar sus miradas por el mar en calma, distrayéndose, observando el paso de las barcas pescadoras y los vapores que, eeguidos de un gran penacho de humo, se dirigian hacia Civitavecchia ó Nápoles. El viento, hinchando las velas, empujaba con rapidez la balandra y se divisaban entre la bruma altas montañas que alumbraba el sol. Pedro llamó á Agustino y señalándole el horizonte:

¿Qué tierra es esa que se ve aví enfrente? —preguntó.

—La isla de Córcega—respondió con su voz ruda el marinero....—Las montañas que usted divisa llegan desde Centuri hasta Bonifacio... La pequeña isla que apenas se vislumbra hacia la izquierda, es Giraglia... Esta noche pasaremos entre su batería y el cabo Córcega para llegar á Bastia... Si no fuera por la bruma, vería usted el monte calvo cubierto de nieve... Á pesar de todo lo que se diga en contra... es un hermoso país. Además, no existe en él, como en Francia, el monopolio del tabaco, y el comercio es libre... Sin contar con que allí lo que está prohibido se hace como si no lo fuera... Pero veo que sacan ya el almuerzo y... usted debe sentir hambre....

—À la mía que tienes razón.

—¡Pues bien! venga usted conmigo.

En la proa, y con unos cajones vacíos, se improvisó una mesa en la que pusieron pan, jamón, queso de Gorgonzola, manzanas y frascos grandes llenos de vino blanco.

—Siéntese, señor—dijo el patrón, indicando à Petro un sitio à su lado—y sírvase usted à su gusto.

El almuerzo era apetitoso y Pedro lo honró; mas notó con admiración que sus compañeros permanecían silenciosos.

—¿Os incomoda mi presencia para hablar?—preguntó de repente;—lo sentiría mucho...

El patrón fijó en él una tranquila mirada, respondiéndole:

—No; pero como vivimos constantemente juntos, poco es lo que tenemos que contarnos... Luego la mar impide toda conversación, pues está siempre charlando. Es la mayor parlanchina que conozco y los marineros la escuchan.

Los demás aprobaban con un movimiento de cabeza lo que el patrón decía. Entonces Pedro, llenando de vino su vaso de hojalata, lo levantó hasta la altura de la cara, diciendo:

—À vuestra salud, amigos míos.

À su vez los marineros alzaron los suyos contestando con gravedad:

—À la de usted.

Y después de tomar café y excelente rom, cada cual se retiró de la mesa y se fué à su trabajo. El día pasó con rapidez increíble, y al anochecer la balandra, entraba en el puerto de Bastia.

Al siguiente día, por la mañana, se llevó à efecto el reconocimiento de sanidad en el barco y la tripulación pudo bajar à tierra. Agostino, que non quería separarse de Pedro, le hizo sentar à su lado en la proa de la chalupa, ganoso de hacerle los honores al entrar en su país.

Le señalaba con el índico los principales puntos de la población: la plaza de San Nicolás,* que domina el mar, el boulevard de la Traverse, barrio rico y populoso; el convento de San Roque, en las alturas; la ciudadela y las ruinas de antiguas torres destruidas durante las guerras contra los genoveses. Formando marco à aquel anfiteatro de casas que se extiende desde la playa basta el medio de la montaña, se veían frondosos y floridos jardines, en que los naranjos y las mimosas esparcían exquisitos perfumes. Más arriba de la ciudad no existía otra vegetación sino la que cubre todas las montañas de Córcega, compuesta de retamas brezos, enebros, lentiscos y rachíticos pinos que encuentran apenas en las endiduras de las rocas lo estrictamente necesario para alimentar sus raíces y

ofrecen un asilo casi impenetrable á la caza y á los bandidos. Pero en la cumbre se dejaban ver admirables y frondosos bosques de abedules, verdadera riqueza que destrozan los habitantes y destruyen los pastores, incendiándolos para crear pastos.

Agostino enteraba de todo esto á su salvador, mientras que la canoa seguía el muelle del Dragón, dirigiéndose hacia el desembarcadero.

Bajaron al pie de la escalera, y Pedro, un poco aturdido, se encontró en tierra firme. Conservaba todavía el capote, el pantalón de lana y calzaban aún sus pies las alpargatas. Lo único que había sacado de su traje, era el dinero y el reloj. Al pasar por delante de la tienda de un licorista establecido en el muelle, el joven se miró en los cristales del escaparate, con el vendaje que le cubría la frente, y se hizo a sí mismo el efecto de un brigante. Cogió á Agostino del brazo y la detuvo:

—¿Adónde vas ahora?

—Ante todo á almorzar, y luego á mi pueblo... Tenemos una semana de asueto, esperando nuevas mercancías.

—¡Pues bien! ven á almorzar conmigo y después me llevarás á una posada...

—¿No quiere usted acompañarme al pueblo? —dijo Agostino con tristeza;—quería que mi madre le abrazara...

—Con mucho gusto iría á tu casa—respondió Pedro riendo; pero ¿has olvidado que he ofrecido al patrón restaurar el San Lorenzo...? Lo prometido es deuda.

—Es justo dijo Agostino con alegría.—¿Cuánto tiempo necesita usted para ese trabajo?

—Medio día.

—¿De modo que mañana por la tarde estará usted dispuesto á acompañarme?

—Sí

—En ese caso le esperaré. Luego iré á alquilar el carricoche del tío Antón, y así haremos el viaje con más comodidad.

—Esta convenido...

Entraron en la posada de Santa María, donde Agostino era ventajosamente conocido por los excelentes comestibles que traía todos los meses de Grecia ó de Italia.

Instalado en una habitación del primer piso, Pedro supo por primera vez, desde hacía tres días, sustraerse á la fascinación que le produjera su maravillosa aventura y reflexionar, entregado á sí mismo, sobre lo que había de hacer. Por un lado, sentía profundo disgusto con el solo pensamiento de volver á Francia, y por otro no quería apesadumbrar á Agostino. Todo conspiraba, pues, para retenerle en Cór-

El alma de Pedro